

Las propuestas *Sitescape y Paisajes mínimos*, reunidas en este dossier, estudian desde dos visiones antagónicas cómo se establece la relación entre **arquitectura** y **naturaleza** en la ciudad del siglo XXI.

Jorge Yeregui

### **Sitescape**

La ciudad contemporánea, en su acelerado y competitivo afán de crecimiento, trata de aprovechar fenómenos como el turismo o la celebración de grandes eventos culturales y deportivos para impulsar su expansión, mejorar las infraestructuras y ampliar los equipamientos.

El planeamiento urbanístico es el responsable de organizar este crecimiento de forma ordenada, tratando por una parte de satisfacer las carencias detectadas en la ciudad existente y, por otra, anticipándose a las futuras necesidades de sus ciudadanos. Durante este proceso, además, se revisan y se generan las herramientas que permitirán gestionar y mantener la ciudad en funcionamiento.

En ocasiones, determinados espacios urbanos quedan fuera de esta supervisión, al margen de la ciudad, de su orden y de su control. Ya sea porque tenían un uso acotado en el tiempo, porque han quedado obsoletos ó porque resulta inviable conservarlos en condiciones apropiadas, se convierten en espacios residuales donde la naturaleza recupera su propia ley. Aunque se trata de lugares consolidados, perfectamente delimitados, con una calificación asignada y ubicados en lugares estratégicos dentro de la ciudad, el abandono los transforma en paisajes neo-naturales donde buenas y malas hierbas crecen libremente, al azar, al margen de cualquier diseñador. Se trata de "islas" que, dentro de la urbe, se desarrollan de forma espontánea, sin el mantenimiento o el control que reciben el resto de espacios urbanos y donde la naturaleza se superpone a la ciudad.

La propuesta *Sitescape* analiza este tipo de paisaje singular y característico de la ciudad contemporánea. La propuesta se sitúa a mitad de camino entre la definición que Solá-Morales hace del *Terrain Vague* -áreas abandonadas, espacios y edificios obsoletos e improductivos, indefinidos y sin límites- y la teoría del *Tercer Paisaje*, un espacio definido por G. Clément donde el hombre abandona la evolución del paisaje en manos exclusivamente de la naturaleza.



*Sin título 1.*  
(Serie *Sitescape*) - 2009 - 93x74cms.



*Sin título 2.*  
(Serie *Sitescape*) - 2007 - 93x74cms.



*Sin título 3.*  
(Serie *Sitescape*) - 2008 - 93x74cms.



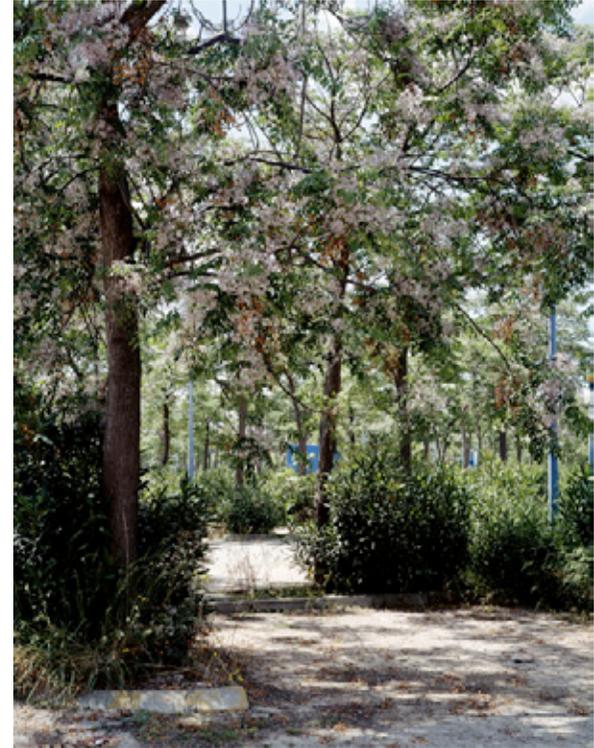
*Sin título 4.*  
(Serie *Sitescape*) - 2008 - 93x74cms.



*Sin título 5.*  
(Serie *Sitescape*) - 2008 - 93x74cms.



*Sin título 6.*  
(Serie *Sitescape*) - 2008 - 93x74cms.



*Sin título 7.*  
(Serie *Sitescape*) - 2008 - 93x74cms.



*Sin título 8.*  
(Serie *Sitescape*) - 2008 - 93x74cms.



*Sin título 9.*  
(Serie *Sitescape*) - 2007 - 93x74cms.

***Paisajes mínimos*** investiga la relación establecida entre el ser humano y la naturaleza a partir de la divulgación del pensamiento sostenible y la proliferación de discursos respetuosos con el medio ambiente.

Los avances científicos en biotecnología y genética aplicados en los diversos campos de la Ciencia de la Vida han permitido comprender, controlar e incluso recrear el funcionamiento de la naturaleza. Tanto la Biología como la Agricultura han centrado parte de sus esfuerzos en desarrollar entornos controlados que generen las condiciones climáticas óptimas para el desarrollo de cada especie, elaborando una tecnología altamente sofisticada que posibilita la construcción de complejos ecosistemas artificiales, mantenidos y controlados por ordenadores.

La progresiva concienciación medioambiental y la atracción que despierta "lo exótico" en el habitante urbano han potenciado la construcción integrada de estos pequeños ecosistemas estancos (*Paisajes mínimos*) en la ciudad del siglo XXI. Operaciones muy elaboradas que se integran en la cotidianidad de sus habitantes.

La propuesta *Paisajes mínimos* centra su atención en la popularización de estos fenómenos y su reflejo en la sociedad actual donde cada vez resultan más habituales, tanto por cuestiones mediáticas como de concienciación.



*126 pinos silvestres. Biblioteca Nacional de Francia, París.  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2007 - 153x120cms.*



*T23, H70. Puerta de Atocha, Madrid.  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2008 - 153x120cms.*



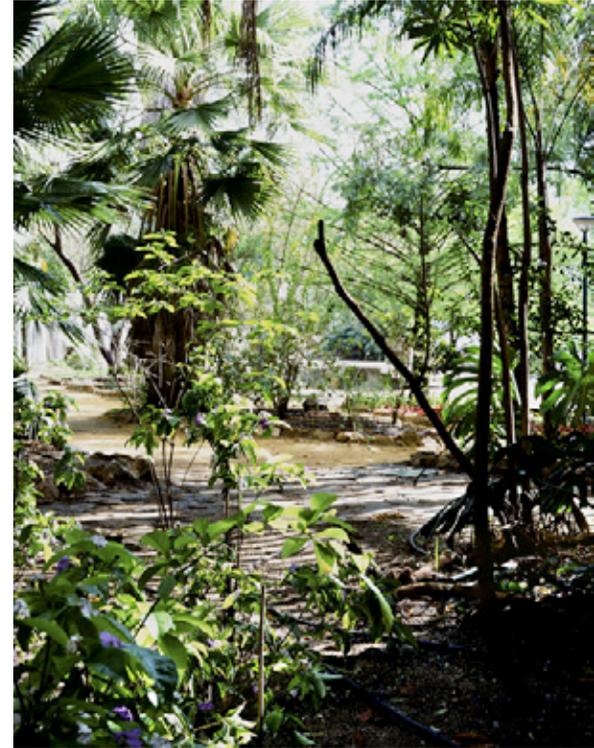
*Planta 23. Commerzbank Headquarters, Frankfurt.  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2008 - 153x120cms.*



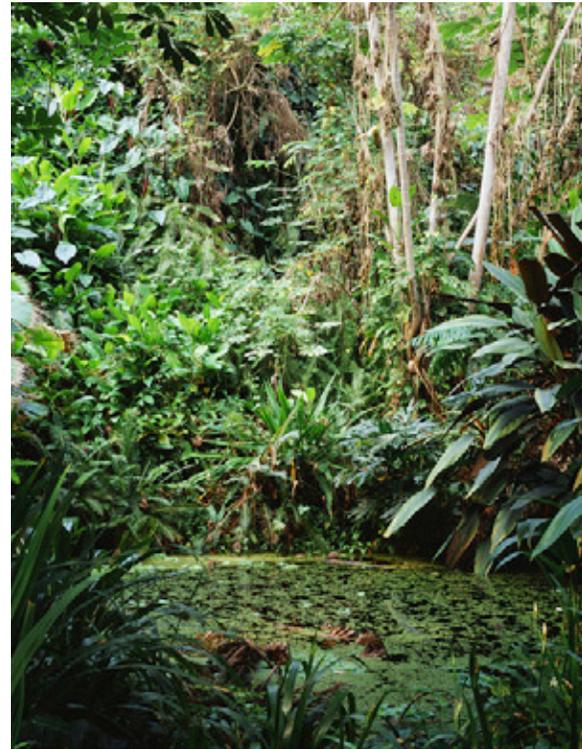
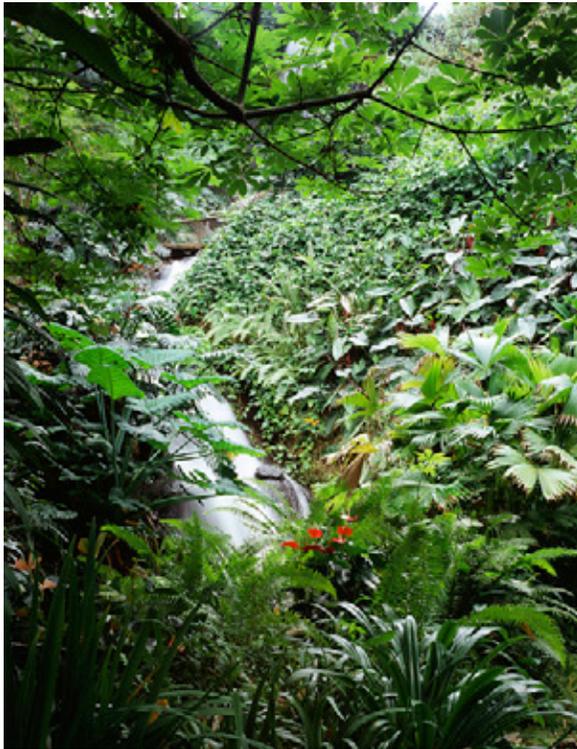
*Planta 31. Commerzbank Headquarters, Frankfurt.  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2008 - 153x120cms.*



*Garden Atrium. Hotel Barceló, Sevilla.*  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2008 - 153x120cms.



*6+17. El jardín americano, Sevilla.*  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2010 - 153x120cms.



*Rainforest. Eden Project, St Austell.*  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2009 - Díptico - 153x240cms.



*Zen. Jakob Kaiser Building, Berlín.*  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2009 - 153x120cms.



*Acantilado1. Jakob Kaiser Building, Berlín.*  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2009 - 153x120cms.



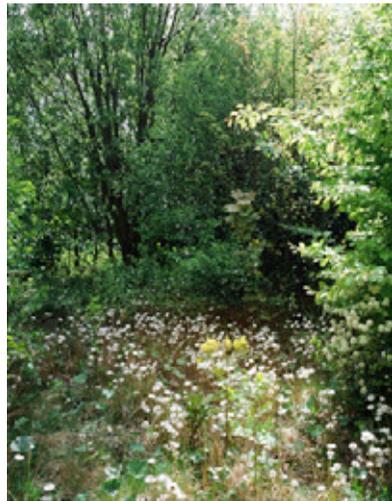
*La senda. Lumen Building, Wageningen.*  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2009 - 153x120cms.



*Bamboo. L.A.C., Frankfurt.*  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2010 - 153x120cms.



*La isla - Île Derborence, Lille.*  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2009 - Políptico - 102x320cms.



*La cima. Île Derborence, Lille.*  
(Serie Paisajes Mínimos) - 2009 - Políptico - 102x320cms.

### Introducción

*"El paisaje no es un decorado, no es nada más que una colección, un sistema de espacios artificiales sobre la superficie de la Tierra. Aunque se encuentra en la Naturaleza no es solamente un espacio natural, un aspecto del entorno natural; siempre es artificial, siempre es sintético, siempre está sujeto al cambio súbito o imprevisible.*

*Es el lugar en el que los lentos procesos naturales de crecimiento, madurez y declive son deliberadamente puestos entre paréntesis, sustituidos por la historia. Un paisaje es allí donde aceleramos, retardamos o desviamos el programa cósmico para imponer el nuestro".*

*John Brinckerhoff Jackson*

La percepción de la naturaleza en la historia del arte ha ido evolucionando a medida que se redefinía el reparto de poderes entre el ser humano y el medio natural. Concretamente en el último siglo, se ha pasado de la veneración del mundo natural y de sus fuerzas irracionales, a la exaltación del paisaje antropomorfo donde el progreso ha logrado imponerse gracias al poder de la máquina. De la misma manera, la representación del paisaje en el arte ha ido evolucionando desde la preexistencia natural como motivo, a la construcción cultural y al escenario artificial.

En la actualidad, el arte se enfrenta a una nueva coyuntura en su relación con la naturaleza y con el paisaje, donde convergen varias tendencias previas en una reformulación compleja y ambigua, en la que resulta necesario redefinir el papel que desempeña el medio natural en su relación con el ser humano. Una vez constatada la influencia que la acción del hombre tiene sobre el cambio climático, y una vez iniciado un proceso de concienciación generalizado respecto a la necesidad de proteger el medio ambiente, se define un nuevo escenario sobre el que reflexionar. Junto con otras disciplinas –arquitectura, urbanismo, paisajismo- , se viene desarrollando un debate latente sobre cómo debe evolucionar la relación con la naturaleza, tanto en la gestión del territorio cómo en la construcción de un modelo de ciudad para el siglo XXI, sostenible y “naturalizada”.



La serie Paisajes Mínimos pretende participar en este debate global desde un posicionamiento artístico, mediante un discurso propio que analiza, en ocasiones cuestiona y, sobre todo, invita a la reflexión sobre cómo debe construirse este nuevo paisaje en el que la naturaleza se traslada a la ciudad.

Aunque en la actualidad un paisaje se define, desde la geografía cultural, como una forma visual de representar, estructurar o simbolizar lugares -puede ser una pintura, una fotografía, una descripción, una historia o un lugar físico con tierra, agua y vegetación- la dificultad radica en conocer las causas que determinan esa elección, la compleja operación en la que se selecciona y jerarquiza el espacio. No solo se trata de apreciar el placer estético, sino también de conocer las razones y perspectivas que, estudiadas desde disciplinas diferentes a la historia del arte, han contribuido en la elaboración de las diferentes capas semánticas que lo interpretan.

Esta evolución en la percepción de la naturaleza viene motivada especialmente por tres motivos: el amplio conocimiento científico alcanzado sobre las "caóticas e irracionales" fuerzas de la naturaleza, la capacidad para predecir y controlar los fenómenos naturales y la concienciación sobre el grave daño provocado al medioambiente durante los procesos de industrialización y urbanización. Una vez superada la inversión de poderes entre el hombre y la naturaleza, el conocimiento del mundo natural desvela cómo el progreso ha ido vulnerando su autonomía hasta romper el equilibrio, relegando a la naturaleza a una situación de vulnerabilidad que hace necesaria su protección.

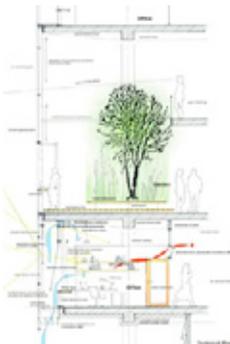
Frente a la amenaza que supone el cambio climático, se ha difundido una creciente y generalizada concienciación respecto a situaciones como la excesiva contaminación en las ciudades, la pérdida de ecosistemas o la desaparición de especies naturales, todas ellas originadas a partir de los modelos de desarrollo actual. Esta concienciación ecologista se aprecia prácticamente en todos los ámbitos de la vida, desde el consumo doméstico de productos de limpieza respetuosos con el medio ambiente hasta las campañas publicitarias de las grandes empresas energéticas.

Aunque ya se apuntaba el siglo pasado, en el siglo XXI la humanidad deberá centrarse en proteger y mantener los espacios naturales que aún se conservan e incluso, gracias a los avances tecnológicos y científicos, se podrá reconstruir parte del patrimonio natural perdido.

### Análisis

Después de varias décadas en las que la administración debía reservar espacio en las ciudades para zonas verdes, la difusión de un pensamiento más sostenible y ecológico ha ido reintroduciendo la naturaleza en la ciudad. No sólo en los denominados espacios verdes -parques y plazas- sino en la propia arquitectura.

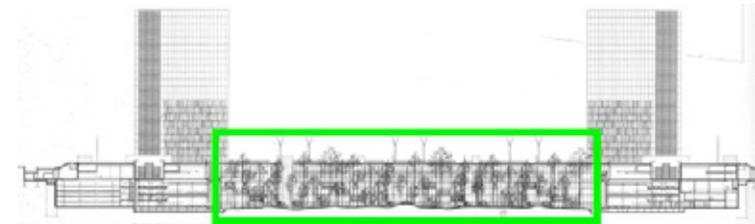
Las instituciones y las grandes empresas han incorporado el pensamiento medioambientalista a sus estrategias de producción y comunicación, promoviendo iniciativas respetuosas con el medio ambiente, invirtiendo en proyectos que divulguen el desarrollo sostenible y, en gran medida, renovando su imagen con una estética más "verde".



Dentro de esta reflexión global sobre cómo debe construirse la ciudad sostenible, los despachos de arquitectura han superado el discurso bioclimático y exclusivamente funcional de este tipo de construcciones, y han incorporado la biología a sus proyectos, cediendo parte de la superficie edificable para la inclusión de espacios verdes, evidenciando el interés generalizado por redefinir la relación con la naturaleza, atendiendo a cuestiones energéticas, mediáticas o fenomenológicas. En ocasiones, estas intervenciones resultan especialmente atractivas debido a lo "artificioso" de la operación, en otros casos la discreción y el buen funcionamiento marcan el carácter de la intervención y, por último, hay situaciones donde la reflexión se centra en lo contradicción entre discurso y propuesta.

Ya en los años 90 Rafael Moneo decidió incorporar un pequeño jardín tropical en la remodelación de la estación de Atocha, para convertir la sala de espera en un espacio más agradable y sobre todo impactante. Aunque esta intervención no respondía a un criterio bioclimático, ni resultaba determinante en la concepción del proyecto, se iniciaba una nueva relación, más íntima, entre arquitectura y naturaleza. El "jardín" adquiría una importancia significativa una vez construido, se convertía en una referencia dentro del edificio y en un hito dentro de la ciudad, mientras que la parte no visible del proyecto -las instalaciones- debían dotarlo de las condiciones climáticas necesarias para su desarrollo.

En la actualidad este tipo de intervenciones, facilitadas por los avances tecnológicos en biología y, especialmente en botánica, superan sobradamente la inclusión de jardines o parterres dentro de los proyectos arquitectónicos, hasta el punto de incorporar fragmentos del paisaje natural en los edificios, reproduciendo su hábitat mediante medios tecnológicos e incorporando su mantenimiento y consumo energético al del propio edificio.

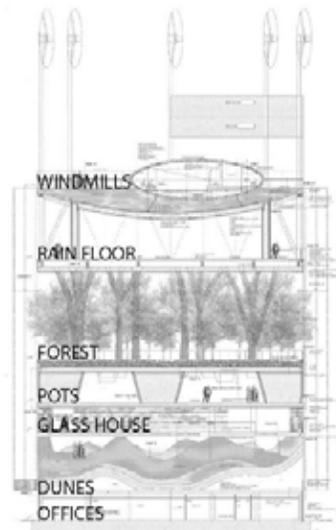


Un factor determinante en la investigación iniciada por arquitectos, urbanistas y paisajistas radica en la importancia que adquiere el "jardín" en la concepción del proyecto arquitectónico. No se trata de un espacio residual que se adorna con vegetación, sino que en muchas ocasiones se convierte en el elemento vertebrador de toda la propuesta, a nivel conceptual y desde un punto de vista espacial. Es el caso del arquitecto francés Dominique Perrault quien, en 1994, a falta de un paisaje bucólico hacia el que orientar la Biblioteca Nacional de Francia en París, decide construirlo él mismo transportando 126 pinos silvestres desde el bosque de Bord en la Normandía francesa hasta el centro de París, desplazando así un ecosistema natural de más de una hectárea dentro de un contexto urbano.

Arquitectos como Norman Foster o Stefan Benisch van más allá y deciden despegar estos mini-ecosistemas de la cota del suelo para distribuirlos en diferentes plantas dentro de sus edificios. Tanto en el Commerzbank Headquarters de Frankfurt (Foster) como en el TDCCBR de Toronto (Benisch), y atendiendo a criterios energéticos pero también de disfrute y relax, se construyen espacios verdes en plena trama urbana e incluso a 100m del suelo.

El proyecto de Norman Foster para el Commerzbank Headquarters de Frankfurt destaca por ser el edificio más alto de Europa construido hasta la fecha, pero sobre todo, por haber sido reconocido como el primer rascacielos ecológico del mundo. La propuesta combina la estética Hi-tec propia de Foster&Partners con la incorporación de fragmentos de naturaleza, escalonados cada 4 plantas y distribuidos de forma alternativa en cada una de las 3 caras que conforman la torre. Estos jardines se comunican a través del atrio central, que recorre todo el edificio en vertical, y deben generar corrientes de aire que colaboren en la gestión térmica del edificio y ayuden a reducir el consumo energético.

En el año 2000 se celebró la Exposición Universal en Hanóver (Alemania) bajo el lema "*Hombre, naturaleza y tecnología – origen de un nuevo mundo.*" A diferencia de otras ocasiones, gran parte de los pabellones se diseñaron para poder ser reubicados o reciclados una vez transcurridos los 5 meses que duraría el evento. De esta forma muchos de los pabellones se trasladaron a otros lugares donde adoptaron un nuevo funcionamiento, algunos mantuvieron su ubicación pero fueron reutilizados y otros se desmontaron y sus materiales se reciclaron para otros usos. Un ejemplo bastante irónico, es el pabellón holandés diseñado por el despacho de arquitectos MVRDV (Rotterdam). Su proyecto proponía "apilar" en un edificio, a modo de sandwich, todos los paradigmas de la sostenibilidad, desde la propia naturaleza hasta las energías renovables, simbolizando un edificio-ecosistema autosuficiente. A pesar del gran éxito cosechado durante la Expo, es de los pocos pabellones que quedaron abandonados en su emplazamiento original.



El exotismo que adquiere la naturaleza dentro de las grandes ciudades, así como la percepción de fragilidad e incluso de temporalidad que se tiene respecto a los grandes espacios naturales, los han convertido en una atracción turística más. Como sucedía con los jardines botánicos, donde especies vegetales traídas de todo el mundo eran estudiadas y exhibidas para disfrute de un público profano, en la actualidad se construyen grandes complejos botánicos donde mostrar no sólo especies vegetales

exóticas, sino ecosistemas completos que reproducen fracciones de cualquier espacio natural del planeta. Además de su aprovechamiento como atracción, en ocasiones estos complejos aprovechan su infraestructura para desarrollar programas de investigación en el propio edificio, al contar con expertos equipos de científicos, bancos de semillas, áreas de aclimatación de especies, etc.; o para activar y gestionar programas de investigación en diferentes puntos del planeta.

El caso de Eden Project, en el Reino Unido, es uno de los más relevantes en este sentido. Se trata de un vasto complejo, construido sobre una cantera en desuso, que está logrando reactivar la economía de la región gracias a la enorme afluencia de visitantes interesados en la naturaleza que reciben durante todo el año. Su principal atractivo se centra en dos enormes cúpulas geodésicas que, estructuradas en diversos ambientes atendiendo a las condiciones de humedad y temperatura, albergan fragmentos del paisaje natural traídos desde todo el mundo. Por una parte el Rainforest Biome, que contiene especies de las selvas tropicales de Malasia, África occidental y Sudamérica; Y por otra el Mediterranean Biome, con vegetación propia del paisaje Mediterráneo, del sur de África y de la costa californiana. Además cuenta con el Outdoor Biome, un enorme jardín exterior, que acoge las especies propias del paisaje local inglés. Por último, The Core, una amplia exposición interactiva destinada a difundir un conocimiento más amplio sobre el funcionamiento del clima y de la naturaleza, explica la necesidad de conservar el medio ambiente.



Se trata de proyectos donde la investigación científica convive con la divulgación y la rentabilización económica, aunque se puede dar un paso más, como en el proyecto Biosfera II, donde se intentó recrear un ecosistema completo, equivalente a la Tierra, que fuese dando "pistas" sobre la posibilidad de construir satélites autosuficientes que pudiesen abandonar la tierra y permitiesen la vida en su interior, abasteciendo de alimentos y oxígeno a sus ocupantes.

Este renovado interés por el mundo natural, unido a las posibilidades que ofrece la tecnología, está posibilitando la proliferación de intervenciones donde, literalmente, se construye un espacio natural y se reproducen una condiciones climáticas concretas que permiten que se siga desarrollando. Ésto evidencia una nueva relación, de supremacía, entre el ser humano y la naturaleza, y genera todo un campo de reflexión para el arte:

- El grado de sofisticación de una sociedad donde algo tan complicado como reproducir un ecosistema se convierte en algo cotidiano.
- Cuánto de natural hay en un ecosistema portátil que sobrevive en el corazón de una gran ciudad. Dónde se sitúa el límite entre lo natural y lo artificial, el conservacionismo y la ostentación.

- Hasta qué punto resulta sostenible la construcción de un paisaje natural que es necesario mantener utilizando medios artificiales, con el consiguiente consumo energético.
- Cuando es posible construir un ecosistema, ¿resulta necesario conservar los que ya existen?

Con menor trascendencia, aparecen otras intervenciones más populares, de menor escala, donde también se ha producido una domesticación de la naturaleza pero con fines decorativos, epiteliales. Aquí la naturaleza adquiere el carácter de un objeto extraño, exótico, traído de otra parte y que se exhibe como cualquier otro artículo de consumo "a la moda". Una aproximación sociológica a este fenómeno muestra como un momento cultural determinado puede "popularizarse" con rapidez entre la sociedad, a la vez que pierde trascendencia.

El botánico Patrick Blanc ha ideado, y registrado bajo copyright, un sistema para la construcción de jardines verticales, sin tierra, a los que se suministran los nutrientes y el soporte de manera directa y que es posible instalar en fachadas, salas de espera, despachos o viviendas particulares. Decorados naturales que reflejan una preocupación por el medio natural, que trabajan por construir una ciudad más ecológica y habitable, pero que a la vez convierten a la naturaleza en un objeto de consumo sujeto a los dictados de la moda.

Frente a la manipulación artificiosa del medio natural, a la construcción de ecosistemas o al mantenimiento artificial de estos paisajes, aparece otro movimiento, liderado por el paisajista Gilles Clément, que aboga por un crecimiento espontáneo y descontrolado de la naturaleza en un contexto urbano. Valorando con la misma importancia la presencia de buenas y malas hierbas, su interés se centra en los eriales, espacios residuales de la ciudad donde la naturaleza retoma su fugacidad, creciendo y muriendo en función de las condiciones climáticas, de la fecundación espontánea de las flores, de la presencia de esporas en los vientos dominantes, etc.

A pesar de que la espontaneidad vertebró este discurso, conseguir un espacio con estas cualidades en la sociedad contemporánea puede resultar aún más difícil que trasladar un fragmento de paisaje desde una selva tropical. El mejor ejemplo lo encontramos en la Isla Derborence, en Lille (Francia), donde dentro de un parque público con 4Ha. se ha elevado 7m. sobre el nivel del terreno una superficie de 2.500m<sup>2</sup>, completamente inaccesible, sobre la que no se realiza ningún mantenimiento y donde la naturaleza se desarrolla en función de las condiciones climáticas.

El proyecto Paisajes Mínimos propone realizar un recorrido fotográfico por estas y otras situaciones en las que se evidencian nuevas formas de cohabitación entre el ser humano y la naturaleza, características del siglo XXI, y que determinarán la construcción de la futura ciudad sostenible.